



PONTIFICIO CONSEJO
PARA LA PROMOCIÓN DE LA
NUEVA EVANGELIZACIÓN

24 HORAS PARA EL SEÑOR

12-13 DE MARZO DE 2021

ÉL PERDONA TODAS TUS CULPAS

(SALMO 103,3)

#24horasparaelSeñor

24 HORAS PARA EL SEÑOR

12-13 de marzo de 2021

“Él perdona todas tus culpas” (Salmo 103(102), 3)

Subsidio – Propuesta

Notas introductorias

Confesión

¿Por qué debo confesarme?

Respuesta del Magisterio

Testimonio

¿Cómo prepararse para la confesión?

¿Cómo confesarse?

¿Qué hacer después de la confesión?

Vigilia

Introducción a la celebración

Premisas generales

Celebración de la vigilia en tiempo de pandemia

Inicio de la Vigilia

Liturgia Penitencial

Desarrollo de la Vigilia

Lectio Divina: IV Domingo de Cuaresma Año B

Notas introductorias

*El presente subsidio pretende ofrecer algunas sugerencias para ayudar a las parroquias y a las comunidades cristianas a prepararse para vivir la iniciativa de las **24 horas para el Señor**. Se trata, por supuesto, de propuestas que se pueden adaptar a las necesidades y costumbres locales.*

En la tarde del viernes 12 de marzo y durante todo el día del sábado 13 de marzo, sería significativo tener prevista la apertura extraordinaria de la iglesia, ofreciendo la posibilidad de acceder a las Confesiones, preferiblemente en un contexto de Adoración Eucarística convenientemente preparada. El evento podría iniciar el viernes por la tarde con una Liturgia de la Palabra que ayude a los fieles a preparar la Confesión sacramental, y concluir con la celebración de la Santa Misa festiva del sábado por la tarde.

En los casos en los que, por motivos sanitarios, no se permitan las celebraciones de los Sacramentos, o se puedan celebrar con un número limitado de personas, la Adoración Eucarística podría transmitirse por Internet, preparando así a los fieles para la contrición perfecta, como dice el Catecismo de la Iglesia Católica: “Cuando brota del amor de Dios amado sobre todas las cosas, la contrición se llama «contrición perfecta» (contrición de caridad). Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene también el perdón de los pecados mortales, si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto sea posible a la confesión sacramental” (CIC 1452).

*En la **primera parte** de este Subsidio se presentan algunos pensamientos que ayudan a reflexionar sobre el porqué del Sacramento de la Reconciliación. Los textos preparan para vivir de manera consciente el encuentro con el sacerdote en el momento de la confesión individual. **También pueden servir para prepararse (solo o bajo la guía de un ministro) a la contrición perfecta antes mencionada, en el caso de que temporalmente no sea posible acercarse al Sacramento de la Reconciliación.** Son también una provocación para superar cualquier resistencia que a menudo se suele oponer para evitar la confesión. Se ofrece un testimonio que ilustra el camino de la propia conversión: una ayuda para reflexionar sobre el propio cambio y sobre la conciencia de la presencia de Dios en la vida de cada uno. Se presenta también el testimonio de una persona, que puede inspirar nuestras vidas para realizar las obras de misericordia y continuar el crecimiento personal después de haber recibido la absolución de los pecados.*

*La **segunda parte** se puede utilizar durante el tiempo de apertura de la Iglesia, de modo que aquellos que vengan a confesarse, puedan recibir ayuda en la oración y en la meditación a través de un recorrido basado en la Palabra de Dios.*

El presente Subsidio puede ser útil para preparar una catequesis sobre la necesidad de la conversión y sobre el Sacramento de la Reconciliación. Especialmente los jóvenes, pero también los adultos, se preguntan: ¿Por qué debo confesarme? ¿Cómo me confieso? ¿Qué se hace después de la confesión? El Subsidio puede representar una valiosa ayuda para encontrar las respuestas.

CONFESIÓN

“No te rindas nunca,
ni cuando la fatiga se haga sentir,
tampoco cuando tus pies tropiecen,
ni cuando tus ojos se quemen,
tampoco cuando tus esfuerzos sean ignorados,
ni cuando la desilusión te humille,
ni cuando el error te desanime,
tampoco cuando la traición te hiera,
ni cuando el éxito te abandone,
tampoco cuando la ingratitud te desaliente
ni cuando la incomprensión te rodee,
tampoco cuando el aburrimiento te derribe,
ni cuando el peso del pecado te aplaste.
Invoca a Dios, aprieta los puños, sonríe... ¡y recomienza!

San León Magno, Papa

¿Por qué debo confesarme?

Ante todo, debemos recordar que *el protagonista del perdón de los pecados es el Espíritu Santo*. En su primera aparición a los Apóstoles, en el cenáculo, Jesús resucitado hizo el gesto de soplar sobre ellos diciendo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23). Jesús, transfigurado en su cuerpo, es ya el hombre nuevo, que ofrece los dones pascuales fruto de su muerte y resurrección. ¿Cuáles son estos dones? La paz, la alegría, el perdón de los pecados, la misión, pero sobre todo dona el Espíritu Santo que es la fuente de todo esto. El soplo de Jesús, acompañado por las palabras con las que comunica el Espíritu, indica la transmisión de la vida, la vida nueva regenerada por el perdón.

Pero antes de hacer el gesto de soplar y donar el Espíritu, Jesús muestra sus llagas, en las manos y en el costado: estas heridas representan el precio de nuestra salvación. El Espíritu Santo nos trae el perdón de Dios «pasando a través» de las llagas de Jesús. Estas llagas que Él quiso conservar. También en este momento Él, en el Cielo, muestra al Padre las llagas con las cuales nos rescató. Por la fuerza de estas llagas, nuestros pecados son perdonados: así Jesús dio su vida para nuestra paz, para nuestra alegría, para el don de la gracia en nuestra alma, para el perdón de nuestros pecados. Es muy bello contemplar a Jesús de este modo.

Y llegamos al segundo elemento: Jesús da a los Apóstoles el poder de perdonar los pecados. Es un poco difícil comprender cómo un hombre puede perdonar los pecados, pero Jesús da este poder. *La Iglesia es depositaria del poder de las llaves*, de abrir o cerrar al perdón. Dios perdona a todo hombre en su soberana misericordia, pero Él mismo quiso que quienes pertenecen a Cristo y a la Iglesia reciban el perdón mediante los ministros de la comunidad. A través del ministerio apostólico me alcanza la misericordia de Dios, mis culpas son perdonadas y se me dona la alegría. De este modo Jesús nos llama a vivir la reconciliación también en la dimensión eclesial, comunitaria. Y esto es muy bello. La Iglesia, que es santa y a la vez necesitada de penitencia, acompaña nuestro camino de conversión durante toda la vida. La Iglesia no es dueña del poder de las llaves, sino que es sierva del ministerio de la misericordia y se alegra todas las veces que puede ofrecer este don divino.

Muchas personas tal vez no comprenden la dimensión eclesial del perdón, porque domina siempre el individualismo, el subjetivismo, y también nosotros, los cristianos, lo experimentamos. Cierto, Dios perdona a todo pecador arrepentido, personalmente, pero el cristiano está vinculado a Cristo, y Cristo está unido a la Iglesia. Para nosotros cristianos hay un don más, y hay también un compromiso más: pasar humildemente a través del ministerio eclesial. Esto debemos valorarlo; es un don, una atención, una protección y también es la seguridad de que Dios me ha perdonado. Yo voy al hermano sacerdote y digo: «Padre, he hecho esto...». Y él responde: «Yo te perdono; Dios te perdona». En ese momento, yo estoy seguro de que Dios me ha perdonado. Y esto es hermoso, esto es tener la seguridad de que Dios nos perdona siempre, no se cansa de perdonar. Y no debemos cansarnos de ir a pedir perdón. Se puede sentir vergüenza al decir los pecados, pero nuestras madres y nuestras abuelas decían que es mejor ponerse rojo una vez que no amarillo mil veces. Nos ponemos rojos una vez, pero se nos perdonan los pecados y se sigue adelante.

Al final, un último punto: *el sacerdote instrumento para el perdón de los pecados*. El perdón de Dios, que se nos da en la Iglesia, se nos transmite por medio del ministerio de un hermano nuestro, el sacerdote; también él es un hombre que, como nosotros, necesita de misericordia, se convierte verdaderamente en instrumento de misericordia, donándonos el amor sin límites de Dios Padre. También los sacerdotes deben confesarse, también los obispos: todos somos pecadores. También el Papa se confiesa cada quince días, porque incluso el Papa es un pecador. Y el confesor escucha las cosas que yo le digo, me aconseja y me perdona, porque todos tenemos necesidad de este perdón. A

veces sucede que escuchamos a alguien que afirma que se confiesa directamente con Dios... Sí, como decía antes, Dios te escucha siempre, pero en el sacramento de la Reconciliación manda a un hermano a traerte el perdón, la seguridad del perdón, en nombre de la Iglesia.

El servicio que el sacerdote presta como ministro de parte de Dios para perdonar los pecados es muy delicado y exige que su corazón esté en paz, que el sacerdote tenga el corazón en paz; que no maltrate a los fieles, sino que sea apacible, benévolo y misericordioso; que sepa sembrar esperanza en los corazones y, sobre todo, que sea consciente de que el hermano o la hermana que se acerca al sacramento de la Reconciliación busca el perdón y lo hace como se acercaban tantas personas a Jesús para que les curase. El sacerdote que no tenga esta disposición de espíritu es mejor que, hasta que no se corrija, no administre este Sacramento. Los fieles penitentes tienen el derecho, todos los fieles tienen el derecho, de encontrar en los sacerdotes a los servidores del perdón de Dios.

Queridos hermanos, como miembros de la Iglesia, ¿somos conscientes de la belleza de este don que nos ofrece Dios mismo? ¿Sentimos la alegría de este interés, de esta atención maternal que la Iglesia tiene hacia nosotros? ¿Sabemos valorarla con sencillez y asiduidad? No olvidemos que Dios no se cansa nunca de perdonarnos. Mediante el ministerio del sacerdote nos estrecha en un nuevo abrazo que nos regenera y nos permite volver a levantarnos y retomar de nuevo el camino. Porque ésta es nuestra vida: volver a levantarnos continuamente y retomar el camino.

Papa Francisco, Audiencia General, 20 de noviembre de 2013

Conversión de Joe Eszterhas

En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal 6,14)

En abril de 2001, a Joe Eszterhas se le diagnosticó un cáncer de garganta. Al famoso guionista de Hollywood, autor del guion de la popularísima (y escandalosa) película “Instinto básico”, protagonizada por Sharon Stone, se le vino el mundo encima.

Debió someterse a una delicada cirugía: se le extirpó el 80% de su laringe y se le colocó un tubo para que pudiera respirar. Durante la visita postoperatoria, los médicos le dijeron: “Debes dejar de beber y fumar inmediatamente, de lo contrario morirás”.

“Tenía doce años cuando empecé a fumar” – escribirá Joe en su libro autobiográfico – “y catorce años cuando empecé a beber. Ahora, a los cincuenta y seis años, no ha pasado un solo día en los últimos cuarenta y cuatro años que no haya fumado o bebido algo alcohólico”.

Joe nació en una familia católica de Hungría al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1944. La familia huye de los horrores de la guerra en un campo de refugiados gestionado por los Aliados, desde donde emigra posteriormente a Estados Unidos. Toda la familia queda marcada por el sufrimiento de la madre, enferma mental y fallecida de cáncer. Estos acontecimientos cierran al joven Joe a la experiencia de la fe.

De adulto, Joe Eszterhas empieza a trabajar en un periódico de Cleveland como reportero de noticias policiales, cubriendo incontables tiroteos y peleas urbanas. De este modo, experimenta a diario el lado oscuro, brutal y transgresor de su propia ciudad. Mientras tanto, también descubre que su padre, durante la Segunda Guerra Mundial, apoyó a los nazis y organizó activamente la propaganda antisemita.

En los años 70, el nombre de Eszterhas aparece en la famosa revista musical “Rolling Stone”. En 1978 escribió el primer guion para la película “F.I.S.T” con Sylvester Stallone, luego otro para “Fleshdance” en 1983. En los años 90, gracias a la ya mencionada “Instinto básico”, la revista Time presenta a Joe Eszterhas como “rey del sexo y la violencia en América”. A finales del siglo XX, Joe está en la cima de su carrera Hollywoodiense: con la escritura de dieciséis películas ha ganado cerca de mil millones de dólares.

La intervención quirúrgica lo cambia todo.

Un mes después de la operación, sentado en un banco e inmerso en un repentino calor abrasador, Eszterhas deliraba: “Me estaba volviendo loco. Estaba muy nervioso. Temblaba. No tenía paciencia para nada. Gritaba a mi esposa Naomi y a los niños. Mi corazón palpitaba acelerado. No tenía apetito. No podía tragar nada”. La razón de tal estado de ánimo era obvia: “Cada terminación nerviosa exigía un trago y un cigarrillo”. Entonces Joe decidió escapar. “Salí de casa y empecé a caminar. Caminaba tan rápido como podía. Era demasiado viejo para correr. Intentaba superar con esta marcha mis deseos y adicciones. Intentaba superar el pánico. Intentaba superar la autodestrucción. Intentaba superar la muerte”.

Pasan los minutos y Joe, vagando por el barrio, siente que se desploma. “Comencé a llorar. Sabía que estaba hiperventilado. Me senté en un bordillo. Las lágrimas descendían por mi rostro. Observé cómo acababan en el suelo, salpicando. Mi corazón latía con tanta fuerza que bloqueaba todo a mi alrededor, excepto mis sollozos. Me parecía que ya no era humano. Escuché mis propios gemidos. Parecía un animal herido”.

Y es justo en este momento, cuando llegó lo inesperado. “Podía oír a mí mismo balbucear algo. Sentí que lo estaba diciendo. No podía creer lo que había dicho. No sabía por qué lo había dicho. Nunca antes lo había dicho. Me escuché repitiéndolo. Y una y otra vez: «Por favor, Dios, ¡ayúdame!»». Sabía por los hechos que no podía decirlo, como no podía decir nada más. Mi laringe había desaparecido casi por completo. Este tubo diabólico fue colocado allí. Ni siquiera hubiera podido susurrar, y mucho menos decir algo. Pero claramente me escuché decirlo y luego repetirlo una y otra vez”.

«Por favor, Dios, ¡ayúdame!».

Rezaba, pedía, suplicaba ayuda. Suplicaba a Dios que me ayudara. Y pensaba para mí: «¿Yo? ¿Pidiendo a Dios? ¿Suplicando a Dios? ¿Rezando?» No había pensado en Dios desde que era un niño, pero me sentía pidiéndole ayuda todo el tiempo, mientras gemía de dolor. Y de repente mi corazón se calmó. Las terminaciones nerviosas dejaron de torturarme. Dejé de temblar y de tener espasmos. Mis manos dejaron de bailar... Me levanté de la acera. Abrí los ojos.

La gracia de Dios actúa en el corazón humano de diferentes maneras. La conversión de Joe recuerda la escena bíblica de la mujer que quería tocar el manto de Jesús para ser curada. San Ambrosio la describió así: “Tocó suavemente la orla del manto, se acercó con fe, creyó y quedó curada (...). Del mismo modo, nosotros, si queremos salvarnos, debemos tocar con fe el manto de Cristo” (Ambrosio, *Expositio Evangelium secundum Lucam*, VI, 56.58.).

Después de esta experiencia de oración y de fe reencontrada, Joe escribe: “Comencé mi camino de regreso a casa. Pensé que podría lograrlo. Sería la lucha más grande de mi vida. Sería terriblemente difícil, pero con la ayuda de Dios pensé que podría lograrlo. Podría derrotarme a mí mismo y salir victorioso. Si combatía duramente y rezaba”.

“Algo me pasó en ese infernalmente caluroso día. Durante mucho tiempo no supe cómo describirlo, pero ahora lo sé. Fui salvado”.

Uno de los frutos de la salvación que ha recibido es el acercamiento de Joe a la vida parroquial y, especialmente, al servicio litúrgico. Joe Eszterhas se encontró con una función muy simple pero significativa: el *crucífero* (portador de la cruz).

“Nadie me obligó a llevar la cruz en la Parroquia de los Santos Ángeles. Lo hice como si fuera una forma de agradecer a Jesús su ayuda. Me sentí honrado de hacerlo; fue un placer”.

Preparación para la confesión

*Salmo 103 (102), 3: «“Él perdona todas tus culpas”,
y cura todas tus enfermedades».*

A lo largo de los siglos, la Iglesia ha orado siempre con los salmos, elevando a Dios, por mediación de Cristo en el Espíritu, himnos de alabanza y bendición, de acción de gracias y honor a Aquel que es Creador, Señor y Padre. El Salterio presenta toda la historia de la salvación en forma de oración; nos introduce a contemplar las maravillas realizadas por Dios, sus perfecciones y propiedades, el poder y la ternura de su intervención en la historia humana, en los asuntos de su pueblo. Pero también presenta las principales cuestiones de la existencia humana, como el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la soledad, la muerte y la vida después de la muerte. En esencia, los Salmos son oraciones dirigidas a Dios, pero también son la Palabra de Dios dirigida a nosotros. Aquí radica la belleza de esta oración, en cierto sentido *dialogica*: yo me dirijo a Dios y, en realidad, Él me habla; yo le rezo y, en realidad, Él me enseña. Es cierto, es un diálogo de fe y amor entre desiguales; Dios es Creador y nosotros somos criaturas, Él es Señor y nosotros somos siervos, pero Él también es Padre y nosotros somos sus hijos. Los Salmos nos enseñan a conocer el corazón de Dios a partir de la Palabra de Dios, a hablar con Él, y mientras hablo aprendo a escuchar, a contemplar, a creer, a amar. A pesar de esto, lo que llama la atención en este sutil entramado relacional, hecho de filiación y discipulado, de paternidad y señorío, es que Dios se presenta como un padre lleno de amor, de fidelidad, de ternura, muy cercano a los acontecimientos de los hombres, de su pueblo, atento a sus vidas y a sus invocaciones. El Dios personal está presente y operante en la vida de su pueblo, responde con bondad y misericordia, con piedad y ternura a quienes lo invocan con fe y humildad: sí, porque éste es nuestro Dios, éste es nuestro Padre celestial.

*“Él perdona todas tus culpas”,
y cura todas tus enfermedades. (Sal 103,3)*

En este simple versículo se encuentra toda la razón por la que el corazón orante eleva su himno de alabanza y bendición al Señor: “Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre” (*Sal 103,1*). Lo repite de nuevo, y una vez más lo recordará al final de la oración, hasta el punto de que esta expresión se convierte en un marco en el que se despliega la longitud, la altura y la profundidad del amor misericordioso de Dios por nosotros. Del perdón de Dios brota la alegría y la felicidad del corazón; ésta es, después de todo, la experiencia del creyente tocado vitalmente por el amor

misericordioso de Dios: *“Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño”* (Sal 31,1-2). Sí, es verdad, el Señor perdona todas nuestras culpas y al mismo tiempo cura todas nuestras enfermedades: perdona y cura, un solo programa, el del Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Ya lo había dicho en la sinagoga de Nazaret, que esto sería parte de su misión mesiánica: llevar a los pobres de la tierra la buena noticia de una salvación integral, más allá de las mismas expectativas; operar la liberación de las prisiones materiales, espirituales y morales que encadenan a la humanidad y la relegan al pesimismo existencial, hasta la desesperación; dar la vista a los ciegos que no son capaces de ver a Dios vivo y presente en sus propias vidas y en la historia de cada día, y en Él no pueden ver el rostro único y hermoso de sus hermanos, compañeros de viaje hacia la eternidad. Tan grande es el amor de nuestro Padre celestial, que es *compasivo y misericordioso* (Sal 103,8).

A menudo nos dirigimos a Dios en estos términos: Señor, me meto en toda clase de problemas, siento el peso de mis debilidades, a menudo vuelvo a caer en el pecado y a veces me da vergüenza pedirte perdón, porque sé que volveré a caer en las mismas faltas, o incluso cometeré otras peores; a pesar de ello, ¿por qué me acoges, me perdonas y me curas? ¿Por qué me aceptas y te muestras tierno, compasivo y misericordioso? Dios podría responder así: porque yo soy así, porque tú eres mi hijo, y luego porque mi naturaleza es Amor, Misericordia y Ternura; Padre sobre toda paternidad, Santo sobre toda santidad. Por eso nuestro corazón debe salir al encuentro del Señor o al menos dejarse encontrar por Él, porque a pesar de saber que hemos sido moldeados, que somos por tanto pecadores, frágiles, caducos, Él es más grande que nuestro pecado y nuestra fragilidad y nos concede mucho más de lo que nuestro corazón se atreve a esperar.

“No nos trata como merecen nuestros pecados ... (Sal. 103,10)

Entonces aparece más que justificado el himno de bendición y lleno de gratitud que el orante dirige al Señor compasivo y misericordioso, un himno a través del cual se recuerda haciendo memoria de todos los beneficios recibidos de Dios, pero también se recuerda la forma única en que se recibe la gracia de la misericordia y el perdón. Dios Padre, *“no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas”* (Sal 103,10). ¡Esto también es cierto! Queda impreso en los corazones y en las mentes, como acontece en el hermoso y saludable encuentro entre Jesús y la adúltera mencionado en el Evangelio de Juan. El Santo Padre Francisco nos recuerda que “en el centro de aquel encuentro no aparece la ley y la justicia legal, sino el amor de Dios que sabe leer el corazón de cada persona, para comprender su deseo más recóndito, y que debe tener el primado sobre todo [...]. Jesús ha mirado a los ojos a aquella mujer y ha leído su corazón: allí ha reconocido su deseo de

ser comprendida, perdonada y liberada. La miseria del pecado ha sido revestida por la misericordia del amor. Por parte de Jesús, no hay ningún juicio que no esté marcado por la piedad y la compasión hacia la condición de la pecadora” (*MeM* 1). Ninguna palabra de condena o desprecio, sino sólo una invitación a no pecar más y a seguir adelante con esperanza, sabiendo que a partir de ese día la mujer podrá emprender un nuevo camino en la verdad y la caridad de Cristo Señor, como su fiel discípula; “no la ha tratado como merece su pecado, no le ha pagado según su culpa”. El perdón es el signo más visible del amor del Padre, que Jesús ha querido revelar a lo largo de toda su vida. La misericordia es esta acción concreta del amor que, perdonando, transforma y cambia la vida.

“Come un padre siente ternura por sus hijos, ¡así es Dios para nosotros!”

Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre, y en él necesitamos contemplar siempre el misterio de la misericordia divina, ya que es el camino que une a Dios y al hombre, abriendo el corazón a la esperanza de ser amados para siempre, a pesar del límite de nuestro pecado. Sin embargo, si por un lado es propio de Dios usar misericordia, ya que paradójicamente en ella se manifiesta de manera particular su omnipotencia de amor, por otro lado, desea que esta “potencia” de amor salga de sí misma, invada y penetre el corazón de los hombres. ¿Cuál es, pues, el lugar, el espacio particular en el que la ternura de Dios toca el corazón del hombre y lo envuelve en su misericordia y en su perdón? Ciertamente, el *Sacramento de la Reconciliación*. Este es el momento en el que sentimos el abrazo del Padre que viene a nuestro encuentro para devolvernos la gracia de ser de nuevo sus hijos. La gracia es más fuerte y supera cualquier posible resistencia, porque el amor todo lo puede; es precisamente la gracia la que siempre nos precede, y asume el rostro de la misericordia que se hace efectiva en la reconciliación y el perdón. El Sacramento de la Reconciliación, por tanto, necesita redescubrir su lugar central en la vida cristiana, a través de la mediación maternal de la Iglesia. De hecho, como afirma el Papa Francisco, “en la oración de la Iglesia la referencia a la misericordia, lejos de ser solamente parenética, es altamente *performativa*, es decir que, mientras la invocamos con fe, nos viene concedida; mientras la confesamos viva y real, nos transforma verdaderamente” (*MeM*, 5). Pero nosotros no sólo somos receptores del don de la misericordia y del perdón. Esto en cierto sentido nos hace coprotagonistas de la misericordia en el Espíritu, sobre todo cuando, saliendo del confesionario, como jardín perfumado en el que experimentamos la fragancia de la ternura del Padre, iniciamos un nuevo camino de conversión en la esperanza y la caridad. Los grandísimos dones, recibidos sin mérito y gratuitamente, no pueden ser sofocados en el corazón de los destinatarios; y el perdón y la misericordia que Dios usa para con nosotros son los mayores dones que un hombre puede recibir. Por tanto, son precisamente éstos los que deben convertirse en motivo de apertura y acogida

hacia los hermanos, para que también ellos, a través de nuestro testimonio, puedan experimentar el amor misericordioso de Dios, que el Espíritu quiere derramar abundantemente en los corazones. Es cierto, por tanto, que desde el confesionario se puede iniciar un nuevo camino, reconociendo y valorando lo que hay de bueno en cada persona, ya que nosotros primero hemos obtenido de Dios misericordia sobre misericordia. Estar con y para los hermanos nos hace aún más conscientes de que Dios verdaderamente ha derramado su benevolencia sobre nosotros con gran generosidad.

A pesar de esto, sin embargo, el hecho de sentirnos indignos de tanto don puede convertirse en la sutil tentación de ahogar en nosotros, pecadores, cualquier anhelo positivo de trascendencia. Hay una hermosa expresión del Papa Francisco en su última Carta Apostólica, *Patris corde*, que da esperanza y alegría al corazón, porque ve cómo Dios no sólo se apoya en la parte buena de nosotros, sino que muchas veces realiza sus inescrutables designios precisamente a pesar de nuestra debilidad. Así si “el Maligno nos hace mirar nuestra fragilidad con un juicio negativo, el Espíritu, en cambio, la saca a la luz con ternura. La ternura es el mejor modo para tocar lo que es frágil en nosotros. [...]. Sólo la ternura nos salvará de la obra del Acusador (cfr. *Ap* 12,10). Por esta razón es importante encontrarnos con la Misericordia de Dios, especialmente en el sacramento de la Reconciliación, teniendo una experiencia de verdad y ternura. Paradójicamente, incluso el Maligno puede decirnos la verdad, pero, si lo hace, es para condenarnos. Sabemos, sin embargo, que la Verdad que viene de Dios no nos condena, sino que nos acoge, nos abraza, nos sostiene, nos perdona” (*PaC*, 2). Acojamos, pues, la sentida advertencia de San Pablo que la Iglesia, Madre y Maestra de misericordia, hace suya: “En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (*2 Cor.* 5,20). Nosotros, hoy, queremos reconciliarnos con Dios, acoger su invitación amorosa que nos llama a sí y, en la fe, manifestar que Él, nuestro Padre, es verdaderamente grande en el amor. No debemos rendirnos a nuestra propia debilidad, ni tener miedo de las contrariedades e incoherencias que experimentamos en nuestro camino como creyentes, porque “tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia” (*PaC* 2).

¿Cómo confesarse?

En el momento en que te presentas como penitente, el sacerdote te da una cálida bienvenida y te dirige palabras de aliento. Él hace presente al Señor misericordioso.

Junto con el sacerdote haz la señal de la cruz diciendo:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El sacerdote te invita a tener confianza en Dios, con estas palabras u otras similares:

**Te reciba con bondad el Señor Jesús,
que ha venido a llamar y a salvar a los pecadores.**

Confía en él.

El sacerdote, según la ocasión, lee o recita de memoria un texto de la Sagrada Escritura en el que se habla de la misericordia de Dios y dirige al penitente una invitación a la conversión.

Rm 5, 8-9

**Dios nos demostró su amor en que,
siendo nosotros todavía pecadores,
Cristo murió por nosotros.
¡Con cuánta más razón, pues,
justificados ahora por su sangre,
seremos por él salvados del castigo!**

En este momento, puedes confesar tus pecados. Si es necesario, el sacerdote te ayuda, haciéndote preguntas y ofreciéndote consejos apropiados. El sacerdote invita al penitente a manifestar arrepentimiento, recitando el acto de contrición o alguna otra fórmula similar, por ejemplo:

**Padre, he pecado contra ti;
ya no merezco llamarme hijo tuyo.
Ten compasión de este pecador. (Lc 15,18; 18,13)**

El sacerdote, extendiendo las manos (o, al menos, la mano derecha) sobre la cabeza del penitente, dice:

**Dios, Padre misericordioso, que reconcilió consigo al mundo
por la muerte y la resurrección de su Hijo
y derramó el Espíritu Santo para la remisión de los pecados,
te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz.
Y yo te absuelvo de tus pecados
en el nombre del Padre y del Hijo + y del Espíritu santo.**

Respondes: Amén.

Después de la absolución, el sacerdote dice: Demos gracias al Señor porque es bueno. (Sal 117,1)

Respondes: Porque es eterna su misericordia.

El sacerdote te despide diciendo: El Señor te ha perdonado. Vete en paz.

Oración del penitente

*Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas; no te acuerdes de mis pecados;
acuérdate de mí con misericordia, por tu bondad, Señor. Sal 24, 6-7*

O bien:

*¡Oh, Jesús, de amor ardiente, jamás te hubiera ofendido! Oh, mi querido y buen Jesús, con tu
santa gracia no te quiero ofender más, ni nunca más disgustarte, porque te amo por encima de
todas las cosas. ¡Jesús mío, misericordia, perdóname!*

¿Qué hacer después de la confesión?

“Vosotros pensáis: los tiempos son malos, los tiempos son pesados, los tiempos son difíciles. Vivid bien y cambiaréis los tiempos”.

San Ambrosio

«Las bienaventuranzas contienen la “carta de identidad” del cristiano - es nuestro carnet de identidad -, porque dibujan el rostro de Jesús, su forma de vida. Las bienaventuranzas te llevan a la alegría, siempre; son el camino para alcanzar la alegría. Nos hará bien tomar hoy el Evangelio de Mateo, capítulo cinco, versículos de 1 a 11, y leer las bienaventuranzas - quizás más de una vez, durante la semana - para entender este camino tan hermoso, tan seguro de la felicidad que el Señor nos propone».

Papa Francisco, *Audiencia General*, 29 de enero de 2020

La vida de Carlota Nobile

(Roma, 20 de diciembre de 1988 – Benevento, 16 de julio de 2013).

Fue una historiadora del arte, violinista, escritora y bloguera italiana.

Personalidad polifacética de artista y estudiosa, entre los más populares jóvenes violinistas italianos de su tiempo.

En octubre de 2011, a los 22 años, se le diagnosticó un melanoma: La reacción inicial es de rabia ante lo que se percibe como un error irracional e injusto del destino, frente a una vida siempre dedicada al estudio y la autodisciplina. En pocas semanas, sin embargo, como la propia Carlota confió a sus seres queridos, su estado de ánimo pasó de la pregunta airada de “¿Por qué a mí?” a la de “¿Por qué no a mí?”, ante la constatación del sufrimiento de los demás, especialmente de los niños con la misma enfermedad que ella.

Afronta todos los tratamientos posibles y se somete a diversas intervenciones quirúrgicas, mientras continúa en paralelo con su carrera musical y artística, a menudo alternando hospitales y conciertos. Sandro Cappelletto escribió de ella en el diario La Stampa: «*Cuanto más duro era el tratamiento y empeoraba el diagnóstico, más se convertía su música en una forma de rebeldía a su destino, a su vida real, sin perder ni un ápice de calidad.*».

En abril de 2012 abre la página de Facebook “Il Cancro e Poi_” (“El cáncer y después”) y en agosto crea también la página web ilcancroepoi.com, - anónimas porque, como escribió a una amiga a seis meses de su muerte: «*odio sentirme compadecida, odio a los que me consideran debilitada, nunca me he sentido tan fuerte. Y puedo vivir cien años o diez, pero amo mi vida ahora más de lo que nunca*».

la amé. Y no quiero que el cáncer me detenga. De ninguna manera. Sólo quiero que me haga crecer, sólo quiero que me forme» - subrayando con este gesto su disponibilidad artística y humana, generosa con quienes piden palabras y consuelo (*“Me encanta comunicar - escribe -. Lo hago desde los 4 años con el violín, luego he empezado a hacerlo también con las palabras”*). Con ello da vida a una comunidad de miles de personas marcadas como ella por el dolor y la fragilidad física, que se reconocen en sus pensamientos y reflexiones encontrando apoyo y ayuda moral. Su “lectura” de la enfermedad es particular, diferente a todas las que normalmente circulan por la web: la suya no es tanto una mirada a los síntomas y tratamientos, como un “camino” interior de profundización y “cuidado” de uno mismo, que nace de un análisis frío y lúcido de los efectos y las reacciones profundas que la patología, tan grave y difícil, desencadena en la psique de quienes tienen que enfrentarse a ella.

«No sé siquiera cuántos centímetros de cicatrices quirúrgicas tengo. Pero los quiero todos, uno por uno, cada centímetro de piel grabada que nunca va a ser curada.

Estos van a ser los puntos de injerto de mis alas».

(Carlota Nobile, Il Cancro E Poi _)

La personalidad y naturaleza de Carlota siempre han sido compleja, polifacética y atormentada desde que era una niña. De todos sus escritos se desprende una visión dramática de la vida y de su existencia; su extraordinario, aunque muy corto, camino de crecimiento, dominado en los últimos años por el cáncer, le permitió domar la agitación interior que la caracterizaba y guiarla hacia la Luz. De hecho, la conciencia del coraje y la lucha nace primero como una construcción “laica”, como un sentimiento forjado por la educación y la cultura, y luego - tres meses antes de su muerte - se convierte en una inesperada “recuperación” religiosa en la óptica de un abandono total a la Fe, vivida como fuente de serenidad durante mucho tiempo y siempre perseguida y buscada en vano. Hasta marzo de 2013 su religiosidad está aún poco caracterizada, alimentada por la doctrina inculcada por la familia mientras crecía, pero poco desarrollada y todavía latente a su ulterior progreso; suele ocurrir que una chica de 24 años -por lo demás músico y amante del arte- dirija su espiritualidad hacia el Infinito sin demasiadas preguntas, sin demasiados interrogantes. Su madre vive esta falta de profundización como una preocupación; está segura de que, si Carlota se volviera con total abandono a la religión, obtendría un gran consuelo en esta terrible batalla suya. A partir del 4 de marzo, Carlota - de repente, al despertar de una crisis cerebral - recibe la Gracia y el don de la Fe, una Fe férrea y muy intensa en Nuestro Señor Jesucristo y en la obediencia a su Santa Iglesia, capaz de orientar hacia el Trascendente sus conquistas interiores y el dominio sobre la enfermedad y sobre su fragilidad humana conquistada con tanto esfuerzo y disciplina. Es como si se le hubiera concedido un premio, por una forma de afrontar un destino terrible con dignidad y coraje, abriéndose a los demás y regalando siempre -en todas las circunstancias- una sonrisa, amor, esperanza y confianza; es como si ese resultado de la más alta aceptación de la Cruz, conquistado al principio “laicamente”, hubiera sido de repente bendecido por el milagro de la Gracia y transformado por ella en una gozosa sublimación del dolor. Y será “gozosa sublimación del dolor” hasta el final, para esos tres meses y medio que quedan.

Durante los últimos meses de su vida, Carlota vive una profunda experiencia de Fe, originada repentinamente el 4 de marzo de 2013 al despertar de una crisis que la llevó al Hospital de Milán por unos días. Este hecho, percibido como una iluminación, lo cuenta Carlota misma en su blog anónimo sobre el cáncer, en el que será su último post antes de su muerte.

«Estoy curada en mi alma. En un instante, en un día cualquiera, al despertarme de una crisis. Abrí los ojos y ya era otra persona. Esto es el milagro»

(Carlota Nobile, Il Cancro E Poi _ , 5 de abril de 2013)

Continúa Carlota en el post antes mencionado:

«Y en un instante comprendes que fue ese cáncer el que SANÓ TU ALMA, el que devolvió el orden a la verdadera esencialidad de tu vida, el que te devolvió la Fe, la esperanza, la confianza, el abandono, la conciencia de que te has convertido finalmente en quien habías hecho todo lo posible por ser durante toda una vida y nunca lo habías sido: ¡una mujer SERENA! Comprendes que fue el cáncer el que finalmente te permitió quererte a ti misma de forma incondicional, con todas tus virtudes y todos tus límites, a disfrutar de cada pequeño momento, a saborear cada instante, cada olor, cada sabor, cada sentimiento, cada palabra, cada acción, cada pequeño fragmento de infinito condensado en un sencillo y precioso momento. Entiendes que fue el cáncer, con su tormento, con su agresividad, con su dureza lo que finalmente te ha llevado a la LUZ».

(Carlota Nobile, Il Cancro E Poi_, 5 de abril de 2013)

Escribió a su madre: *«Hay un diseño más grande. Todo esto tiene un significado único y estoy orgulloso de poder crecer así y vivir esto. ¡Y qué maravilloso que me ha llegado la fe! ¿Qué podría hacer sin ella? ¡Qué vida tan vil! ¡Qué vida tan árida sin fe! ¡Sin confianza y abandono en Dios! ¡Quiero ir a Medjugorje este verano! En fin, este rosario es una maravilla, ni siquiera lo veo en la oscuridad, lo tengo en la mano y rezo desde hace una hora. Me da una paz interior... ¡no hay palabras! Porque ahora FINALMENTE estoy sana donde no lo había estado desde hace dos años, es decir, DENTRO, ¡en mi alma! Todo irá bien, porque estamos en Sus manos, y en las manos de Dios no puede sino andar todo bien... ¡es demasiado hermosa esta serenidad!».*

Su espiritualidad se inspiró considerablemente en la predicación del Papa Francisco y su invitación a los jóvenes a llevar la Cruz con alegría (homilía del 24 de marzo de 2013).

El Viernes Santo de 2013, Carlota, deseosa de confesarse, buscaba en el centro de Roma una iglesia que no estuviera cerrada a pesar de la hora del almuerzo. La única que permanecía abierta era la Iglesia de San Giacomo en Augusta, en la Vía del Corso. Aquí Carlota conoció al párroco Don Giuseppe Trappolini, a quien, durante una conmovedora conversación en la que Carlota -según relató Don Giuseppe- lloró «por la Alegría», le contó su historia, la lucha contra el melanoma y la serenidad que experimentó al escuchar las palabras del Papa Francisco. Al párroco le llamó mucho la atención la coincidencia de que el día anterior había sido invitado, junto con otros párrocos de Roma, a almorzar con el Papa, y, en esa ocasión, el Santo Padre había instado a los presentes a mantener las iglesias abiertas durante todo el Viernes Santo para que cualquiera pudiera confesarse. Don Giuseppe decide entonces contarle al Pontífice por carta la historia de Carlota, y el Papa, con la espontaneidad que le distingue, le telefona a la parroquia para darle las gracias y asegurar su oración por ella. «Esta chica me da coraje» dijo. Justo en ese momento Carlota una crisis cerebral en el hospital de Carrara y, tras recuperar el conocimiento, tuvo una aparición trinitaria: tumbada en la cama de su habitación, vio un triángulo de luz en la pared.

Carlota, feliz, escribió entonces al Papa:

«Querido Papa Francisco,

Tú has cambiado mi vida.

Me siento honrada y bendecida de poder llevar la Cruz con Alegría a los 24 años. Sé que el cáncer ha curado mi alma, desatando todos mis nudos interiores y regalándome la Fe, la Confianza, el Abandono y una Serenidad inmensa justo en el momento de mayor gravedad de mi enfermedad.

Confío en el Señor y, en mi camino difícil y turbulento, reconozco siempre Su ayuda.

Querido Papa Francisco: Tú has cambiado mi vida.

Quisiera preguntarte algo... Tengo un inmenso deseo de encontrarte, aunque sea por un momento, ¡Rezar junto a Ti el “Padre Nuestro”!

“Danos hoy nuestro pan de cada día” y “Libranos del mal”. Amén.

¡Encomiendo este sueño mío a Don Giuseppe y confío en Dios!

Ruega por mí, Santo Padre. Rezo por Ti todos los días.

Carlota»

(Carlota Nobile, Carta al Papa Francisco, 12 de abril de 2013)

A través de Don Trappolini, Carlota estuvo a punto de ver hecho realidad el encuentro con el Papa, pero en mayo de 2013 su estado empeoró, por lo que regresó a Benevento, donde pasó sus últimos tres meses en la casa familiar, los más dolorosos, durante los cuales se dedicó a la oración, en un paradójico estado de total confianza, aceptación y gratitud a Dios.

Aunque sus dolores eran indecibles, aunque las metástasis y las heridas torturaban cada vez más su cuerpo, Carlota, ante los ojos atónitos de su familia, vivía un paradójico estado de gracia, de sonrisa, de gratitud y de serenidad, sin quejarse nunca, en la oración, sobre todo del Padre Nuestro y del Santo Rosario. El padre capuchino Giampiero Canelli la escuchó en su última Confesión: «¡Casi fue ella quien me animó!», contó. En los primeros días de julio, Carlota le dijo a su hermano: «He ganado la Fe, no la fe de las letanías ni de cualquier otra cosa, sino la fe de confiarme al Padre».

En esos días dijo que vio una escena que, angustiada, le costaba describir y que sus padres confundieron con un sueño: «Tú estabas allí. Tú no estabas allí. Tú tampoco. Tú sí», dijo uno a uno a las personas que la cuidaban. Unos días más tarde, en el momento de su muerte, los diversos seres queridos estaban presentes y ausentes exactamente como ella había anunciado. El 14 de julio, Carlota dijo a su familia: «¡Se acabó!», pero siguió sonriendo y dando gracias a Dios.

En la última noche de su vida, la del 14 al 15 de julio de 2013, su padre se despertó por las siguientes palabras de Carlota, susurradas repetidamente en tono sereno y mirando hacia el techo:

«Gracias, Señor. Gracias, Señor. Gracias, Señor».

Al día siguiente, a pocas horas de su muerte, dirigió con dificultad a sus seres queridos su último adiós:

«Mis tres maravillosos hombres: papá, Fanfy y Mateo. Mi dulce mamá. ¿Qué más quiero? Me siento afortunada».

Tras dos años de batalla, Carlota murió a la temprana edad de 24 años, al despuntar del 16 de julio de 2013, día de Nuestra Señora del Carmen.

<https://www.carlottanobile.it/>

<http://www.synod.va/content/synod2018/it/giovani-testimoni/carlotta-nobili--il-violino--la-malattia--e-limmensa-gioia-per-l.html>

VIGILIA

«La adoración es, en su esencia, un abrazo con Jesús,
en el que le digo:
“Yo soy tuyo y te pido que tú también estés siempre conmigo”».

Benedicto XVI,
Encuentro de catequesis y de oración con los niños de la Primera Comunión,
15 de octubre de 2005

Premisas generales

La Vigilia que tiene lugar durante la iniciativa “24 horas para el Señor” tiene un papel fundamental porque caracteriza todo el evento. Es deseable que la Vigilia se realice con el Santísimo Sacramento expuesto, mientras que uno o más sacerdotes permanecen disponibles para celebrar el Sacramento de la Reconciliación.

Esta Vigilia está inspirada en las palabras del Salmo 103(102),3: “Él perdona todas tus culpas”, subrayando la voluntad del Señor de perdonar de manera total las transgresiones del hombre. Todo el Salmo es una oración de David, un himno de bendición a la bondad y al amor de Dios. El texto se presta a diversas interpretaciones espirituales. Nos centraremos en dos aspectos: el primero destaca la conexión entre la exaltación pura de la bondad de Dios (*Bendice, alma mía, al Señor*) por su perdón (*Él perdona todas tus culpas*). Cuando el hombre bendice al Señor, significa que lo reconoce como la fuente de la gracia. David, por tanto, eleva el himno de bendición a Dios, porque ha experimentado la gracia de Su perdón. El segundo aspecto muestra la misericordia de Dios que abraza tanto la historia colectiva como los gestos realizados por un solo hombre.

El evento “24 horas para el Señor” está estrechamente relacionado con el tiempo litúrgico y, en concreto, con el IV Domingo de Cuaresma. La alegría celebrada durante este Domingo, conocido en la antigüedad como “*Leatare*”, proviene de la conversión personal, de la reconciliación con Dios y de la gracia recibida en el Sacramento del Perdón. Las lecturas del domingo (*2Cr 36,14-16.19-23; Sal 136; Ef 2,4-10; Jn 3,14-21*) muestran, entre otras cosas, cómo la gracia de Dios actúa en la historia, a pesar de los pecados cometidos por el hombre. Observamos que Dios, rico en misericordia, interviene siempre libre y gratuitamente para salvar al hombre, aunque éste sea el único responsable de su propia derrota con el mal. La iniciativa ha sido colocada precisamente en los días previos al IV Domingo de Cuaresma, para dar la posibilidad a todos los fieles de progresar en la liberación de sus vidas de los pecados, preparándose, de este modo, para la Pascua que ya está cerca.

Durante el transcurso de la iniciativa *24 horas para el Señor* es convenientes destacar los contenidos indicados anteriormente. Sin embargo, el desarrollo mismo y la elección de los temas y de los pasajes bíblicos se deja siempre a la discreción de los pastores y de los organizadores del evento que, en las diversas partes del mundo, conocen mejor las necesidades de los fieles confiados a su cuidado pastoral, especialmente en este período de la pandemia.

La praxis de los años anteriores muestra que la iniciativa se lleva a cabo normalmente de tres maneras:

1. En las pequeñas comunidades como por ejemplo en los hospitales o en las parroquias/rectorías con un número relativamente bajo de fieles.

En este caso, toda la iniciativa se lleva a cabo normalmente el viernes por la tarde. Se podría iniciar el evento con la Liturgia penitencial, para luego exponer el Santísimo Sacramento y, con la Adoración Eucarística silenciosa o bien animada por un grupo de oración (según las posibilidades y necesidades de la comunidad), invitar a todos a la reconciliación sacramental con Dios.

2. En las parroquias más numerosas (sobre todo en las áreas urbanas), en las prefecturas (y/o vicariatos/decanatos) o allí donde se decida organizar el acto en varias parroquias/comunidades.

Sería recomendable empezar el viernes por la tarde con la Santa Misa o bien con la Liturgia de la Palabra. A continuación, se expone el Santísimo Sacramento y se inicia la Adoración Eucarística animada por diferentes grupos parroquiales o de varias parroquias.

Los responsables establecen tanto el programa de toda la Adoración como su duración, asegurando los turnos para las confesiones de los fieles.

3. En las iglesias catedrales, basílicas, santuarios, o bien en las parroquias y en los lugares de culto que sean más significativos para la Iglesia local y elegidos cuidadosamente por el Ordinario o bien por las personas responsables.

El evento debe organizarse de manera más solemne, destacando la universalidad de la Iglesia que lo celebra al mismo tiempo en todo el mundo. La iglesia debería permanecer abierta también por la noche, con la Adoración Eucarística animada a turnos por varios grupos de oración y por diversas comunidades. Es deseable que el Ordinario y los Obispos estén presentes al menos al principio y al final del evento, dando también su disponibilidad en la celebración del Sacramento de la Reconciliación. Se debe asegurar la presencia constante de uno o más sacerdotes dispuestos a escuchar las confesiones.

Siempre que sea posible, un grupo de fieles, especialmente formados y preparados, podría invitar a las personas que pasan cerca de la iglesia a entrar y a participar en el evento (especialmente en las iglesias centrales de la ciudad, en los centros históricos y turísticos, en los lugares de gran afluencia de personas, etc.). Una simple invitación, una palabra de bienvenida, una explicación del evento son a menudo una ocasión para iniciar una conversación mucho más seria, convirtiéndose en un verdadero y propio momento de evangelización. A menudo, los fieles laicos, especialmente entre

quienes reciben sistemáticamente la formación en varias comunidades y grupos de oración, pueden realizar un excelente servicio en la preparación para la confesión, dialogando con personas que no han asistido a la iglesia por algún tiempo y que podrían sentirse incómodas ante la presencia directa e inmediata del sacerdote.

Con el fin de adaptar la propuesta de la Vigilia a las necesidades particulares de una comunidad concreta (parroquia, capilla de un hospital, monasterio, rectoría, santuario, etc.), se pueden elegir los cantos. Para profundizar en los temas presentados en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o bien elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la propia comunidad.

Celebración de la vigilia en tiempo de pandemia

Mientras el presente subsidio está en fase de preparación, la pandemia causada por el virus sars-cov-2 sigue causando estragos en el mundo. Somos perfectamente conscientes de que las restricciones sanitarias impuestas por las autoridades inciden fuertemente en el desarrollo de toda la iniciativa, así como en la celebración individual del propio Sacramento del Perdón. En esta sección, por tanto, queremos proponer algunas ideas sobre el desarrollo de la Vigilia y de las relativas Confesiones.

1. En caso de prohibición absoluta de las celebraciones litúrgicas

Allí donde, a causa de la pandemia, no se puedan celebrar los Sacramentos, es necesario difundir entre los fieles el mensaje evangélico de la misericordia del Señor. La presente iniciativa podría ser una ocasión propicia para reconfortar a la comunidad cristiana.

El papel de los capellanes en los hospitales, en las clínicas, en las residencias de ancianos y en muchos otros centros de salud públicos y privados es de crucial importancia para llevar el perdón y la paz a los más expuestos al riesgo de la pandemia.

Es necesario recordar a los fieles que la Iglesia nos ofrece una forma especial de recibir la absolución de los pecados en caso de que no sea posible celebrar el Sacramento de la Reconciliación. El mismo Papa nos lo ha explicado: «Sé que muchos de ustedes, por Pascua, van a confesarse para encontrarse con Dios. Pero muchos me dirán hoy: “Pero Padre, ¿dónde puedo encontrar un sacerdote, un confesor, dado que no puedo salir de casa? Y yo quiero hacer las paces con el Señor, quiero que me abrace, quiero que mi Papá me abrace... ¿Qué puedo hacer si no encuentro sacerdotes?”. Haz lo que dice el Catecismo. Es muy claro: si no encuentras un sacerdote para confesarte, habla con Dios, es tu Padre, y

dile la verdad: “Señor, he hecho esto, esto, esto... Perdóname”, y pídele perdón de todo corazón, con el Acto de dolor y prométele: “Me confesaré después, pero perdóname ahora”. E inmediatamente volverás a la gracia de Dios» (Papa Francisco, *Homilía en la Casa Santa Marta*, 20 de marzo de 2020).

En el número 1452 del Catecismo de la Iglesia Católica leemos, en efecto: “Cuando brota del amor de Dios amado sobre todas las cosas, la contrición se llama «contrición perfecta» (contrición de caridad). Semejante contrición perdona las faltas veniales; obtiene también el perdón de los pecados mortales, si comprende la firme resolución de recurrir tan pronto sea posible a la confesión sacramental.

En algunas regiones, a pesar de la prohibición de las celebraciones públicas, el sacerdote podía, por sí solo, recorrer el territorio de su propia parroquia, bendiciendo a la gente en sus casas a una distancia adecuada. Dicha bendición, realizada con el Santísimo Sacramento o con las reliquias de los santos patronos, se puede realizar con el consentimiento previo del Obispo local y de las autoridades civiles competentes.

Siempre que sea posible, se pueden utilizar los modernos medios de comunicación para transmitir la Vigilia, preparando así a los fieles para la contrición perfecta, con vistas a la confesión sacramental, una vez que hayan cesado las exigencias sanitarias.

La pandemia nunca puede convertirse en una excusa para cerrar la iglesia.

2. En caso de prohibición parcial de las celebraciones litúrgicas

En la mayor parte del mundo, la pandemia permite a los fieles reunirse y celebrar los sacramentos, aunque con restricciones en el número de participantes y con límites de tiempo.

Siempre de acuerdo con las decisiones tomadas por el Obispo local y con la normativa sanitaria vigente, se podría invitar a los fieles a acudir a la iglesia en diferentes horarios. Para favorecer la participación de las personas, manteniendo el debido distanciamiento en la iglesia, se podría invitar a varios grupos de fieles, divididos por zonas (un barrio, un pueblo, etc.) o por edades. La iniciativa completa puede realizarse durante más de un día, para que las personas puedan vivir un momento tranquilo de adoración y acceder al sacerdote disponible para escuchar la confesión.

Se debería también preparar, en conformidad con las normas sanitarias, un lugar apropiado para poder escuchar las confesiones. En los últimos meses los sacerdotes han recurrido a diversas soluciones al respecto, entre las que queremos señalar dos: la primera es preparar un lugar (una habitación, la sacristía, etc.), donde en la intimidad, pero al mismo tiempo

manteniendo la distancia indicada por las autoridades sanitarias competentes, un sacerdote pueda escuchar la confesión del penitente. La segunda solución es utilizar el confesionario, sellándolo con una película de plástico (que debe ser reemplazada y/o desinfectada para cada penitente), con plexiglás, o con otros materiales similares adecuados para este fin, siguiendo las normas de higiene.

INICIO DE LA VIGILIA LITURGIA PENITENCIAL

Mientras el presbítero y los ministros se acercan al presbiterio, la asamblea canta el himno u otro canto apropiado.

SALUDO Y MONICIÓN

C: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R: Amén.

C: La misericordia y la paz estén con todos vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Hermanos y hermanas, esta noche escuchamos las palabras pronunciadas por David en uno de sus salmos: “Él perdona todas tus culpas”. ¡Qué reconfortantes son estas palabras! ¡La certeza y la totalidad del perdón está garantizada para cada uno de nosotros! Y, de hecho, depende sólo de nosotros, si estamos dispuestos a volver a Él y pedirle misericordia por nuestras transgresiones. En nuestra fe abrazamos esta noche también a las personas que están lejos de la Iglesia y a todas las que no pueden venir a rezar con nosotros, para que, en las próximas horas, dedicadas de manera particular a la reconciliación, encuentren el perdón y la paz.

Todos se recogen por un tiempo en oración silenciosa.

C: Señor Dios nuestro, luz verdadera de nuestra conciencia, ábrenos las puertas de tu misericordia, llama a tus hijos con la fuerza y la dulzura del amor, rompe las durezas de nuestro orgullo y crea en nosotros un corazón nuevo. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

Primera Lectura

Lv 19,1-2.17-18

Del libro del Levítico

El Señor habló así a Moisés:

«Di a la comunidad de los hijos de Israel: “Sed santos, porque yo, el Señor, vuestro Dios, soy santo.

No odiarás de corazón a tu hermano, pero reprenderás a tu prójimo, para que no cargues tú con su pecado.

No te vengarás de los hijos de tu pueblo ni les guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo soy el Señor”».

L: Palabra de Dios.

R: Te alabamos Señor.

Salmo Responsorial

Del Sal 103 (102)

R. El Señor es bueno y grande en amor.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios. R.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura; R.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas. R.

Como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen. R.

Aclamación al Evangelio

1Jn 2,5

¡Honor y gloria a ti, Señor Jesús!

Quien guarda su palabra,
ciertamente el amor de Dios ha llegado en él a su plenitud.

¡Honor y gloria a ti, Señor Jesús!

Evangelio

C: El Señor esté con vosotros.

R: Y con tu espíritu.

C: Lectura del Santo Evangelio según San Mateo

(5,38-48)

R: Gloria a ti, Señor.

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos:

«Habéis oído que se dijo: “Ojo por ojo, diente por diente”. Pero yo os digo: no hagáis frente al que os agravia. Al contrario, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; al que quiera ponerte pleito para quitarte la túnica, dale también el manto; a quien te requiera para caminar una milla, acompañaile dos; a quien te pide, dale, y al que te pide prestado, no lo rehúyas.

Habéis oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo” y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y manda la lluvia a justos e injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué premio tendréis? ¿No hacen lo mismo también los publicanos? Y, si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen lo mismo también los gentiles? Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto».

C: Palabra del Señor.

R: Gloria a ti, Señor Jesús.

Sigue la homilía.

CONFESIÓN GENERAL DE LOS PECADOS

Después de una breve pausa de reflexión a continuación de la homilía, el celebrante dice:

C: En el día en que celebramos la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte, también nosotros estamos llamados a morir al pecado para resucitar a una vida nueva. Reconozcámonos necesitados de la misericordia del Padre.

C: Yo confieso ante Dios Todopoderoso

R: y ante vosotros hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, palabra, obra y omisión; Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. Por eso ruego a Santa María siempre Virgen, a los ángeles, a los Santos y a vosotros hermanos, que intercedáis por mi ante Dios, nuestro Señor.

C: Dios Todopoderoso tenga misericordia de vosotros, perdone vuestros pecados y os conduzca a la vida eterna.

R. Amén.

ORACIÓN DEL SEÑOR

Todos se ponen de pie

C: Iluminados por la Palabra del Señor, dirigimos nuestra oración a Dios, nuestro Padre, para que perdone nuestros pecados y nos libre del mal:

R: Padre nuestro,

que estás en el cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad
en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

RITO DE LA PAZ

Si las normas sanitarias lo permiten, el Celebrante dice:

C: Queridos hermanos, confiados en las palabras de Jesús, con el corazón dispuesto a recibir la gracia del perdón, queremos intercambiar un gesto de paz.

Todos intercambian un signo de paz.

EXPOSICIÓN DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Continuamos con la exposición del Santísimo Sacramento “more solito” y con la Adoración Eucarística que durará hasta el final de las “24 horas para el Señor”.

Sigue el tiempo para las confesiones y la absolución individual.

Al final de la Vigilia, se da la bendición solemne con el Santísimo Sacramento. En algunos lugares, especialmente allí donde la iniciativa “24 horas para el Señor” se ha realizado de manera solemne, concluyendo el sábado por la tarde, se podría celebrar la Santa Misa vespertina del IV Domingo de Cuaresma o bien las Primeras Vísperas.

DESARROLLO DE LA VIGILIA

El presente texto es una propuesta que deberá concretarse e inculturarse posteriormente, según las tradiciones locales.

Durante el transcurso de la Vigilia, siempre de acuerdo con las decisiones tomadas por el Obispo local, deben aplicarse todas las normas epidemiológicas y sanitarias vigentes.

Teniendo en cuenta la duración de la vigilia, el número de participantes, las posibilidades organizativas y otros factores, la animación de la Adoración Eucarística podría realizarse por turnos, con un cambio temático después de cada hora.

GUIÓN DE UN TURNO

Expuesto el Santísimo Sacramento, después de un momento de silencio, el grupo musical interpreta un canto. Sigue la lectura del pasaje bíblico:

Escuchamos las palabras del Salmo 103

[1] De David.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

[2] Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

[3] Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;

[4] él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;

[5] él sacia de bienes tus días,
y como un águila se renueva tu juventud.

[6] El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;

[7] enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

[8] El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.

[9] No está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;

[10] no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

[11] Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;

[12] como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

[13] Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen;

[14] porque él conoce nuestra masa,
se acuerda de que somos barro.

[15] Los días del hombre duran lo que la hierba,
florece como flor del campo,

[16] que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla.

[17] Pero la misericordia del Señor dura desde siempre y por siempre,
para aquellos que lo temen;
su justicia pasa de hijos a nietos:

[18] para los que guardan la alianza
y recitan y cumplen sus mandatos.

[19] El Señor puso en el cielo su trono,
su soberanía gobierna el universo.

[20] Bendecid al Señor, ángeles suyos, | poderosos ejecutores de sus órdenes, | prontos a la voz de
su palabra.

[21] Bendecid al Señor, ejércitos suyos, | servidores que cumplís sus deseos.

[22] Bendecid al Señor, todas sus obras,
en todo lugar de su imperio.

¡Bendice, alma mía, al Señor!

Permanecemos en silencio.

TESTIMONIO/MEDITACIÓN

A continuación, se propone un testimonio de conversión. Este testimonio podría ser pronunciado por una persona que esté dispuesta a compartir cómo el Señor ha tocado su corazón con la gracia del perdón, o bien un testimonio leído (por ejemplo, en el presente subsidio se ofrece el testimonio de

Joe Esterhas). En caso de que no fuera posible presentar el testimonio, se podría proponer un texto meditativo, como el que sigue a continuación:

Exposición sobre el Salmo 102, San Agustín

Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides todos sus beneficios. Dice: *Bendice, alma mía, al Señor.* ¿Y qué es tu alma? Toda tu interioridad. *Bendice, alma mía al Señor.* Esta repetición tiene el valor de una exhortación. Y para que bendigas siempre al Señor, insiste: *No olvides de todos sus beneficios.* Si los olvidas, estarás callado. Y no podrían estar sus beneficios ante tus ojos, si no estuvieran ante ellos tus pecados. No debe estar ante tus ojos el placer del pecado cometido en el pasado, sino la condenación del pecado: condenación por tu parte, y la remisión por parte de Dios. Esta retribución la hace Dios, para que puedas decir: *¿Cómo le pagaré al Señor todos los bienes que me ha hecho?* Considerando esto los mártires, cuya memoria hoy celebramos, y todos los santos que despreciaron esta vida presente, y —como habéis oído en la lectura de la carta de San Juan, que entregaron su vida por los hermanos—, llegando así a la perfección de la caridad, según lo que dice el Señor: *Nadie tiene amor más grande, que el que da su vida por los que ama;* por eso, según esta consideración, los santos mártires, tuvieron en poco sus vidas aquí abajo, para recuperarlas allá, cumpliendo las palabras del Señor, que dice: *El que ama su vida, la perderá; y el que la pierda por mí, la encontrará en la vida eterna.* Quisieron, pues, retribuir. ¿Quiénes, qué, y a quién? Eran hombres que le retribuyeron a Dios su servicio hasta la muerte. ¿Y qué le entregaron, que no hubieran recibido? Luego únicamente retribuye el que da; pero no nos retribuye por nuestros pecados: a nosotros se nos debían unas retribuciones, y se nos han dado otras. *No te olvides —dice— de todos sus beneficios o retribuciones* (no dice *tributiones* – “pago en justicia”), sino *sus beneficios o retribuciones.* Pues una cosa era nuestra deuda, y otra lo que se nos retribuyó o benefició. Por eso dice el salmo antes citado: *¿Cómo le pagaré o retribuiré al Señor por todos los bienes que me ha retribuido?* No dice simplemente “que dio”, sino *que me retribuyó o me devolvió.* Tú le has retribuido males por bienes, y él te devolvió bienes por males. ¿Cómo es que tú, ¡oh hombre!, le devolviste a Dios males por bienes? Si primero fuiste blasfemo, perseguidor y violento, está claro que le has retribuido y ofendido con blasfemias. ¿Y por qué bienes? Primero por tu existencia; aunque una piedra también existe; después, porque tienes vida, aunque también un animal tiene vida. ¿Qué le retribuirás al Señor, por el hecho de que te hizo superior a todas las bestias y aves, habiéndote creado a su imagen y semejanza? No andes buscando qué retribuirle: retribúyete su semejanza, la que hay en ti; él no quiere más; exige sólo su moneda, lo que a él le pertenece. Tú, en cambio, en lugar de acción de gracias, de humildad, de sumisión, de culto religioso, es decir, en lugar de lo que le debías a Dios por todos los beneficios que de él recibiste, como he citado recientemente, lo que le has retribuido son blasfemias. Y él, por

todo esto, ¿qué te retribuirá? Tú confiesa, te dice, y yo te perdono. También yo retribuyo, pero no como tú lo has hecho conmigo: Tú me has retribuido males por bienes; yo, al contrario, te devuelvo bienes por males.

Después del testimonio/meditación se entona un canto y se permanece en oración silenciosa.

A continuación, toda la asamblea puede recitar la siguiente oración de intercesión.

ORACIÓN POR INTERCESIÓN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

La Virgen Santísima, Madre de Jesús y Madre nuestra,
que con José su Esposo adoró al Hijo de Dios hecho hombre la misma noche de su nacimiento,
y que tantas otras noches, en Belén y Nazaret, veló su sueño,
sea el modelo de todos los adoradores y adoradoras nocturnos de Jesús Sacramentado.

Que su presencia como Madre Dolorosa junto a la Cruz de Cristo Salvador,
nos enseñe a descubrir en la Eucaristía el mismo sacrificio que nos redimió,
nos estimule a aprovechar personalmente los frutos de esa Redención
y nos haga sentir la responsabilidad de incorporarnos efectivamente
a la función salvadora de la Iglesia,
encargada de aplicar la Redención de Cristo a todos los hombres.

Que Ella nos enseñe los caminos del amor profundo a Dios y al hombre
y nos haga preparar el nuevo adviento de su Hijo para la humanidad.
Que nos enseñe a ser verdadera Iglesia.
“La Iglesia del nuevo Adviento,
la Iglesia que se prepara continuamente a la nueva venida del Señor,
(y que) debe ser la Iglesia de la eucaristía y de la penitencia”.

(San Juan Pablo II, Adoración, 31 de octubre de 1983)

Se entona un canto y se permanece en oración silenciosa hasta el final del turno de oración.

Dependiendo de la duración de la vigilia, se puede repetir este esquema, cambiando los pasajes bíblicos y los cantos, y alternando los testimonios, las meditaciones y las oraciones.

Teniendo en cuenta el tiempo litúrgico de la Cuaresma, se podría incluir también el *Via Crucis*. Se puede proponer también la oración del Santo Rosario y/o de la Corona a la Divina Misericordia.

Algunos pasajes bíblicos para componer otros turnos de la vigilia: *Lc* 6,27-38 (amor a los enemigos - no juzgar); *Mt* 18,23-35 (Parábola del siervo despiadado); *Ef* 2,4-10 (Dios, rico en misericordia, de estar muertos por nuestros pecados, nos ha devuelto a la vida con Cristo).

Como alternativa, tanto para la profundización individual como para la celebración comunitaria, se propone la *Lectio divina*, de la que sigue una propuesta.

LECTIO DIVINA

IV DOMINGO DE CUARESMA AÑO B

La Palabra de Dios

...es escuchada

Escuchamos la Palabra del Santo Evangelio según San Juan (3,14-21)

En aquel tiempo, Jesús dijo a Nicodemo: «¹⁴Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, ¹⁵para que todo el que cree en él tenga vida eterna. ¹⁶Porque tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. ¹⁷Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. ¹⁸El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Unigénito de Dios. ¹⁹Este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres prefirieron la tiniebla a la luz, porque sus obras eran malas. ²⁰Pues todo el que obra el mal detesta la luz, y no se acerca a la luz, para no verse acusado por sus obras. ²¹En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios».

*Dios bueno y fiel,
que nunca te cansas de llamar a los descarriados a la verdadera conversión
y en tu Hijo elevado en la cruz nos proteges de las mordeduras del maligno,
danos la riqueza de tu gracia, para que renovados en el espíritu
podamos corresponder a tu eterno e infinito amor.*

(de la Liturgia)

...es meditada

El pasaje evangélico del cuarto domingo de Cuaresma del año B es la conclusión del encuentro de Jesús con Nicodemo (Jn 3,1-21), que el evangelista sitúa en el contexto de los primeros capítulos del Evangelio, conocido como el “libro de los signos”. Y es precisamente porque han visto “los signos que hacía” (Jn 2,23) que muchos en Jerusalén se acercan a Jesús. Entre ellos, también está Nicodemo, un líder de los fariseos que busca al Maestro de noche.

LA ESCENA. Antes de entrar en el fondo del comentario del texto evangélico, puede resultar útil sumergirse en la escena, tratando de imaginarla. El diálogo tiene lugar en Jerusalén, en una casa que no se especifica, pero que podría ser aquella en la que Jesús y sus seguidores han encontrado alojamiento con motivo de las fiestas de Pascua. El encuentro tiene lugar de noche, un elemento simbólico ambivalente con el que el evangelista quiere describir tanto las tinieblas de la incredulidad aún presentes en el corazón de Nicodemo y sus temores a la hora de tomar una decisión valiente ante el pueblo, como la necesidad de una cierta intimidad, necesaria en quien da sus primeros pasos hacia la luz.

EL CONTEXTO. Nicodemo comienza el diálogo con una certeza y no con una pregunta: “Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios, como maestro” (*Jn 3,2*). Esta afirmación lapidaria, tal vez incluso pronunciada con la autoridad que da ser un líder entre los judíos, en el transcurso de la conversación chocará con las perspectivas abiertas por Jesús, que indican en cambio el camino que queda todavía por recorrer y la necesidad de *rendirse* ante el Misterio. Las de Jesús son tres revelaciones solemnes, introducidas por la fórmula “En verdad, en verdad te digo” (*Jn 3,3.5.8*), que invitan al buscador nocturno a poner en cuestión sus propias certezas. Tocando con la mano su propia incapacidad para comprender la *vida nueva* indicada por el Señor, podrá abrirse libremente al don que viene de lo alto. Los movimientos en el corazón de Nicodemo se perciben exteriormente en la desnudez de las dos preguntas que hace a Jesús: “¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?” (*Jn 3,4*) y, de nuevo, ante la revelación de la necesidad de un nacimiento del Espíritu, “¿Cómo puede suceder eso?” (*Jn 3,9*).

EL PASAJE. En los últimos compases de este diálogo nocturno (*Jn 3,14-21*), que la Iglesia escucha en la liturgia del IV Domingo de Cuaresma, las palabras del Señor parecen extenderse desde el interlocutor a cada persona, elevándose a una dimensión universal en la que la salvación se ofrece al mundo entero. El diálogo ya no se limita a un acontecimiento histórico concreto, sino que se hace contemporáneo de cada discípulo que escucha el Evangelio.

- ***Jn 3,14-16: la exaltación del Hijo.*** El Evangelio presenta la exaltación del Hijo como un acontecimiento fundante de la fe y necesario para tener la vida eterna. El texto hace referencia al episodio narrado en el libro de los Números (21,1-9), cuando el pueblo judío, tras su rebelión contra Dios en el desierto castigado con la plaga de serpientes venenosas, obtiene el perdón y la salvación volviendo su mirada hacia una serpiente de bronce colocada sobre una vara. En el

diálogo con Nicodemo, Jesús revela el significado de ese episodio, relacionándolo con su propia muerte y resurrección: el Hijo del Hombre, humillado hasta la muerte, es elevado en la Cruz, pero en el fondo se vislumbra el misterio de su elevación hacia Dios. Si, por una parte, Jesús es percibido en el centro esencial de su misterio, por otra, ante Él el hombre se sitúa en el corazón de su decisión radical: *creer* que Su abajamiento es verdaderamente Su triunfo en la gloria; creer que este acontecimiento es un don de amor del Padre que abre de par en par las puertas del Reino al discípulo; creer que la vida eterna es la vida divina, ya presente en la vida del cristiano. “Los verbos *amar* y *dar* indican un acto decisivo y definitivo que expresa la radicalidad con la que Dios se ha acercado al hombre en el amor, hasta la entrega total. [...] Él nos dio a su Hijo por amor, para que fuera el Dios cercano, para hacernos sentir su presencia, para salir a nuestro encuentro y llevarnos en su amor, de modo que toda la vida esté animada por este amor divino. [...] Dios no actúa como un amo, sino que ama sin medida. No manifiesta su omnipotencia en el castigo, sino en la misericordia y en el perdón. Comprender todo esto significa entrar en el misterio de la salvación” (Benedicto XVI, *Homilía* del 4 de noviembre de 2010).

- **Jn 3,17-18: la incredulidad del hombre.** La voluntad de Dios con respecto al mundo es una voluntad de salvación. El drama, sin embargo, reside en la posibilidad de que el don del Padre no sea aceptado y sea rechazado: éste es el juicio que el hombre construye sobre sí mismo con sus propias manos, decidiendo si creer y fiarse-confiar en este amor o si permanecer incrédulo y vacilante. Entre las dos posiciones extremas (creer/no creer), típicas del Evangelio de Juan, existe en realidad un espacio intermedio dinámico, en el que el hombre puede experimentar un crecimiento gradual. Es el espacio de la vida de los hombres, conquistados sinceramente por Dios, pero al mismo tiempo marcados por la fragilidad y la fatiga humanas, el terreno intermedio en el que ya se confiesa la fe, incluso en medio de la oscuridad interior. En este sentido, es significativa la sentida oración de aquel hombre que confía a Jesús el dolor por su hijo enfermo: “Creo; pero ayuda mi falta de fe” (*Mc* 9,24).
- **Jn 3,19-20: amor desviado.** Los últimos versículos del diálogo con Nicodemo se apresuran a precisar que el juicio pesa sobre los que *aman* las tinieblas. El problema no es de los que hacen el mal, sino de los que lo aman conscientemente, lo eligen, lo prefieren a la luz: ¡es un amor desviado! Y esto debido a una existencia que se ha acostumbrado tanto a la oscuridad que ya la considera inevitable. “Hay personas – incluso nosotros, muchas veces – que no pueden vivir en la luz porque están acostumbrados a la oscuridad. La luz los deslumbra, no pueden ver. Son *murciélagos humanos*: sólo saben moverse en la noche. Y nosotros también, cuando estamos en

pecado, estamos en este estado: no toleramos la luz. Es más cómodo para nosotros vivir en la oscuridad; la luz nos abofetea, nos hace ver lo que no queremos ver. Pero lo peor es que los ojos, los ojos del alma de tanto vivir en la oscuridad se acostumbran tanto a ella que terminan ignorando lo que es la luz” (Francisco, *Homilía* del 22 de abril de 2020).

- **Jn 3,21: venir a la luz.** El encuentro de Jesús con Nicodemo termina con las exigentes palabras de Jesús, signo del amor celoso de Dios por su criatura. No se informa de la reacción inmediata del buscador ante tanta luz revelada con potencia en medio de la noche. No obstante, en el Evangelio de Juan, Nicodemo hace su aparición otras dos veces. Ante los jefes de los sacerdotes, que ahora están tramando acusar a Jesús, él adoptará una posición diferente, declarando: “¿Acaso nuestra ley permite juzgar a nadie sin escucharlo primero y averiguar lo que ha hecho?” (*Jn 7,50-52*). Y finalmente, tras la muerte de Jesús, junto con José de Arimatea, irá a pedir a Pilato su cuerpo para la sepultura (*Jn 19,39-42*). Es un hombre, por tanto, que ha aprendido a creer, acogiendo en su propia noche interior el don de un amor que, de forma delicada pero tenaz, ha ido iluminando su vida y sus elecciones: “En cambio, el que obra la verdad se acerca a la luz, para que se vea que sus obras están hechas según Dios” (*Jn 3,21*). De Nicodemo – como de todo discípulo del Señor – puede decirse realmente que, por la gracia de Dios, ha nacido de lo alto, ha visto el Reino, ha recibido la vida eterna ya aquí y ahora. ¡Nicodemo ha venido a la Luz!

...es rezada

Mira, oh Cristo,
mi angustia y mi poco coraje,
mi pobreza y mi debilidad:
¡Ten piedad de mí, oh Verbo de Dios!

Brilla sobre mí, ilumina mi alma,
ilumina mis ojos,
para que te vea, luz del mundo
¡Tú, alegría, felicidad, vida eterna,
Tú, reino de los cielos y paraíso,
corona del justo, juez y rey!

Revélate a mí, según tu Palabra, y manifiéstate.
Muestra tu misericordia,
manifiesta tu amor por los hombres.
Abre para mí las puertas de la sala nupcial.
¡No me cierres la puerta de tu luz, oh Cristo mío!

(Simeón el Nuevo Teólogo, *Himno 53*)